

# La familia y la escuela en la colonización del imaginario alimentario en la edad escolar (6 a 12 años)

Alejandra María Rodríguez Guarín  
Grupo de investigación Investigarte  
Corporación Universitaria Comfacauca  
decanatura@unicomfacauca.edu.co

Salomón Rodríguez Guarín  
Grupo Calidad y pertinencia de la Educación Superior  
Corporación Universitaria Comfacauca  
dirinvestigacion@unicomfacauca.edu.co

Fecha Recepción: 23/09/14 - Fecha Aprobación: 15/12/14

**Resumen:** Este artículo de reflexión aborda el concepto de colonización del imaginario alimentario, considerando la asociación con algunos de los agenciamientos dispuestos para direccionar las prácticas alimentarias en la edad escolar como son la familia y la escuela. En ese sentido, se plantea que en el proceso de canalización/interiorización de la práctica alimentaria, imaginario en sus diferentes dimensiones, estará la capacidad de determinar el valor asignado por el humano a los gustos, preferencias y/o hábitos alimentarios. Así, la reflexión revela como en el proceso de colonización del imaginario alimentario se entremezclan procesos de enculturación y canalización, que de manera consciente transmitirán en el escolar patrones de consumo, alejados del valor moral o ético que su cultura o grupo humano le asigne a un alimento o práctica en particular, acción que cobra gran fuerza durante esta etapa de la vida.

**Palabras clave:** Colonialismo, imaginario, escolar, práctica alimentaria, familia, escuela.

**Abstract:** This article addresses the concept of reflection colonization of food imaginary, considering partnering with some of the assemblages willing to address eating practices at school age, such as family and school. In that sense, we propose that in the process of channeling / internalization of food practice, imagination in its various dimensions, will be able to determine the value assigned by the human to the tastes, preferences and / or eating habits. Thus, reflection reveals how in the process of colonization of the imaginary processes of enculturation food and consciously channel that broadcast in the school consumption patterns away from moral or ethical value intermingle their culture or group assigned to a food or practice in particular action that takes great strength during this stage of life.

**Keywords:** Colonialism, imaginary, school, food practice, family, students.

## 1. Introducción

*...Para nosotros los humanos, comer nunca es una actividad "puramente biológica" (sin importar lo que signifique "puramente biológica"). Los alimentos que se comen tienen historias asociadas al pasado de quienes los comen; las técnicas empleadas para encontrar, procesar, preparar, servir y consumir esos alimentos varían culturalmente y tiene sus propias historias. Y nunca son comidas simplemente; su consumo siempre está condicionado por el significado.*  
W. Mintz, 2003:28

El alimento lo asumiremos en el ámbito fisicoquímico como una sustancia líquida o sólida fundamental para la vida en la tierra, y desde el ámbito cultural como una red de tejidos sociales que permiten la unión de grupos humanos a partir de diversas estrategias que

ha ideado para canalizar/interiorizar su consumo en los diversos escenarios del desarrollo humano.

Las estrategias y formas para la canalización de una práctica alimentaria van desde métodos y/o técnicas de recolección y almacenamiento hasta su transformación y distribución, acciones mediatizadas desde antes del nacimiento por factores económicos, culturales, políticos y diferentes instancias sociales como la familia, la escuela y el Estado, a los que se añaden algunos mecanismos para reproducir esquemas o patrones alimentarios como los medios de comunicación y el mercado, agenciamientos que median el consumo a partir de asociaciones de tipo psicológico, -el reconocimiento social, estados de ánimo, diversión, entre otras-.

Desde la perspectiva cultural, y tomando en cuenta el contexto en el que se desarrolla un niño(a), las formas y tipos de consumo alimentario no se pueden condensar en un manual homogéneo para todas las sociedades, como tampoco dependen exclusivamente del "instinto maternal o paternal innato". De tal manera que por esencia "se configuran con base en las tradiciones culturales de la sociedad en la que se nace" (Bock, 1977:81), proceso denominado enculturación, tradiciones representadas en la mayoría de los casos por el adulto o persona responsable del bienestar del niño(a). Partiendo de estas consideraciones, el concepto de colonización del imaginario se abordará desde una postura interdisciplinaria, al ser en esencia un elemento de orden social cuyos matices han logrado impactar en el cambio de la concepción que sobre el alimento se tiene en la actualidad, en especial por parte de los infantes.

### **Acercamiento al concepto de imaginario**

Es fácil advertir que el concepto de imaginario proviene de las ciencias sociales y se fortalece de las diversas disciplinas que lo desarrollan con foco de análisis en temas sociales, políticos, económicos, entre otros. Paralelo al concepto, el imaginario ha sido utilizado para acentuar el carácter construido de la realidad social, es decir, "el postulado de que toda comunidad de sujetos actúa en función de instituciones que son creadas por ellos mismos y que tienen la capacidad de reglamentar la vida cotidiana" (Moreno y Rovira, 2009:1).

La noción de imaginario muestra también que no existen dinámicas objetivas y externas en una sociedad; en tal caso, los sujetos "imaginan" necesidades, situaciones y relaciones en las que interactúan y eligen; finalmente, las personas institucionalizan sus representaciones en un orden simbólico, con el cual se identifican en su vida cotidiana. Por lo tanto, a los imaginarios se les podrá atribuir tanto la estabilidad histórica de un orden social como sus transformaciones. Los imaginarios son entonces las representaciones colectivas e individuales que una comunidad construye hasta convertirlas en formas reales y legítimas de socialización, es decir, cuando los sujetos imaginan o representan su realidad social logran institucionalizar prácticas, creencias, fines y valores en condiciones históricas.

Uno de los fundadores de dicho concepto, Cornelius Castoriadis, propuso la noción de "imaginarios

sociales" (1975), en oposición a las teorías antropológicas dominantes en las décadas del 60 y 70 (el estructuralismo), afirmando que las necesidades humanas son construcciones sociales que varían a lo largo de las culturas y del tiempo, con lo cual señala, en referencia al mundo occidental moderno, que el capitalismo actual vendría a ser una concepción propia de occidente que presupone el predominio de la racionalidad humana y la dominación de la naturaleza por parte del hombre (Castoriadis, 1983: 230-231).

De esta forma, "lo cultural pasa a ser concebido como una entidad propia capaz de determinar las concepciones económicas y morales que una sociedad determinada posee" (Moreno y Rovira, 2009:6). En virtud de ello, y consecuente de su postura crítico-marxista, Castoriadis sostiene además, que la noción de imaginario ofrece como eje analítico, para la comprensión de la sociedad contemporánea, una entidad alienada que puede ser emancipada.

De acuerdo con Moreno y Rovira (2009:6-7), el planteamiento de Castoriadis permite tomar conciencia del poder de la imaginación humana para superar la alienación de las instituciones modernas provenientes del capitalismo (mercado, medios de comunicación), ofreciendo nuevas posibilidades de sentido a la existencia social. En este contexto, existiría una relación dialéctica entre la libertad (entendida como capacidad humana de trascender los moldes y paradigmas dominantes que representan a una sociedad en un momento histórico) y la institucionalidad de la realidad social.

En primera instancia, la imaginación permite la emergencia de nuevas instituciones sociales que amplían el campo de actuación de los sujetos sociales; y en segunda, esas mismas instituciones regulan por medio de normas y símbolos las interacciones humanas, ofreciendo estabilidad y valores perdurables. Desde este punto de vista, las instituciones son entes en constante cambio debido a la imaginación, pero que al tiempo sostienen una dinámica conflictiva, puesto que abren y cierran espacios de acción, con lo cual queda determinado el desarrollo histórico de toda sociedad.

Ahora bien, el surgimiento del concepto de imaginario no siempre se encuentra en relación directa al pensamiento de Castoriadis, por lo que se pueden

definir tres grandes campos en donde su noción se consolida: la ciudad, la modernidad y la nación; cada uno de ellos con sus definiciones, líneas y autores como se observa en el cuadro 1.

compartidos que moldean sus actitudes, posibilitan su acción común y ofrecen la oportunidad de transformar el orden establecido de las cosas" (Berger y Luckmann, 1968).

Cuadro 1. Principales definiciones de imaginario.

	<b>Ciudad: como imaginario</b>	<b>Modernidad: como imaginario</b>	<b>Nación: como imaginario</b>
<b>Definición del concepto</b>	El espacio urbano no es sólo una entidad física sino que es también un territorio imaginado por sus habitantes, el cual refleja sus deseos y temores respecto al desenvolvimiento de la vida cotidiana.	La sociedad moderna occidental es un modelo de convivencia imaginado que se distingue por tres instituciones: una economía de libre mercado, una opinión pública reflexiva y un orden político y democrático.	La nación es una comunidad imaginada que genera poderosos lazos de solidaridad entre un gran número de personas que no tienen la posibilidad fáctica de conocerse entre sí y que viven en un territorio definido como común.
<b>Principal línea de investigación</b>	Sociología urbana	Teoría sociológica	Análisis histórico
<b>Autores</b>	Néstor García Canclini Armando Silva	Shmuel N. Eisenstadt Charles Taylor Göran Therborn	Benedict Anderson Ernst Gellner Eric Hobsbawm

Fuente. Moreno y Rovira, 2009.

El asumir que la modernidad, la ciudad y la nación son imaginarios en la cultura occidental, nos permite aproximarnos al énfasis occidental de la sociedad como un proceso de instituciones que se encuentran en permanente desarrollo, desenvolviéndose en sentido histórico como un proyecto inacabado. Este modo de entender los imaginarios evidencia a este punto que éstos son el resultado tanto de procesos de institucionalización de la realidad como de dinámicas de libertad que se convierten en utopías, leyes o proyectos de una sociedad.

En palabras de Baczkó: "Entidades como el mercado, la opinión pública y la democracia siempre son perfectibles y representan una utopía en el sentido literal del término: una composición de instituciones imaginarias que proponen un modelo ideal de sociedad irrealizable y que sirven como motor para la acción de los individuos" (Baczkó, 2005: 75).

En otra realidad, los imaginarios provistos de representaciones sociales dentro de la cultura occidental poseen diversas funciones, teniendo en consideración lo descrito anteriormente. Desde este punto de vista, apelar a los imaginarios es situarse desde una perspectiva teórica y metodológica en el abordaje de temas y problemas sociales que requieren ser considerados mediante el carácter construido o cultural de la realidad humana. Esto significa que: "Más allá de la posible existencia de ciertas regularidades en las conductas de las personas, éstas elaboran imaginarios

El concepto del imaginario permite entonces trascender al nivel abstracto de la interpretación de la realidad social y aproximarse a las condiciones empíricas y socialmente construidas de la realidad en las que los sujetos participan activamente, refiriendo a un contexto en el que constantemente tienen una imagen que define su identidad social y el tipo de relaciones hegemónicas o dominantes que determinan su tiempo histórico. Los imaginarios representan así, una construcción propia de las personas comunes y corrientes en circunstancias sociales de cotidianidad (Taylor, 2004:23).

### ***El imaginario en la práctica alimentaria***

El engranaje discursivo entre la práctica, y la canalización de la misma con el imaginario, parte del reconocimiento que la cultura ejerce sobre los diferentes aspectos que comprometen una práctica humana en contextos y tiempos sociales específicos (primera infancia, edad escolar, adolescencia). En términos teóricos, el imaginario aborda "una intersección multidimensional que requiere enfoques pluridisciplinares" (Macbeth, 1993), provenientes de las ciencias sociales y de los saberes tradicionales de las culturas; dichos enfoques derivados de ciencias como medicina, nutrición, historia, psicología, economía, biología o antropología, que han marcado a través de orientaciones, a menudo unidisciplinares, las principales tendencias de la investigación sobre alimentación. Sin embargo, en conjunto estas ciencias asumen que el hecho alimentario es por naturaleza un objeto de estudio que atraviesa los límites de

varios saberes, razón por la cual no le pertenece a una disciplina específica.

Desde el punto de vista de las ciencias sociales se ha hecho hincapié en que el estudio de la alimentación humana debe incluir una dimensión imaginaria, simbólica y social, en virtud de encontrar puntos de contacto entre ellas y las explicaciones biológicas y fácticas sobre la alimentación que reconocen de forma explícita o implícita la autonomía de las fuerzas sociales y culturales que condicionan la alimentación (Fischler, 1995:14-18). En otras palabras, ni el conocimiento científico natural ni social pueden ofrecer un enfoque de la realidad de manera total; tanto así, que los miembros de cada sociedad perciben los alimentos desde su propia perspectiva o distorsión cultural.

La naturaleza real de los alimentos puede ser sustituida por una representación sociocultural, configurando prácticas de interrelación e intervención humana que construyen y reconstruyen prácticas socio-culturales, haciendo que los límites entre lo natural y lo cultural se fundan en un mismo horizonte imaginario y a la vez físico. En cualquier sentido, la frontera entre naturaleza y cultura es siempre una representación cultural (Millan, 2002).

El concebir que la alimentación, como otras prácticas culturales, es también una fuerza plástica humana que apropia lo natural y a la vez lo social, permite aproximarnos a la noción que propone Castoriadis (1975) sobre el imaginario, asumido éste como una representación social que instituye normas y principios colectivos que le permiten a una comunidad determinar un flujo constante de percepciones y experiencias discontinuas, que pueden agruparse y reducirse al sentido de lo propio y lo familiar, incluyendo los aspectos prácticos, cotidianos y objetivos de la realidad.

La aproximación a los imaginarios en la alimentación, conlleva entonces, a tener presente el devenir social e histórico que constituyen la esencia del pensamiento y la reflexión como fuerzas que construyen la realidad social. Es así como para Castoriadis (1975) la capacidad, la facultad o la función de la imaginación es una condición que no es de ninguna manera "exterior" al ser humano, sino una condición "intrínseca", es decir, una condición que participa activamente de la existencia de aquello que condiciona.

En ese orden de ideas, la construcción del concepto de imaginario alimentario que se utilizará para demarcar la configuración de los mismos en la edad intermedia o escolar, inicia con la comparación realizada por Fischler (1979), sobre dos alimentos que él denomina de status imaginario diferente, si no opuesto, el caviar y el tomate; en palabras del autor:

El caviar, está reservado a una pequeña cantidad de personas y ocasiones gastronómicas y festivas; aún en las categorías sociales se puede tener acceso a él, casi no se lo consumirá de manera solitaria, sino más bien en grupo o en pareja, es decir, en situaciones de celebración o seducción... Este consumo deberá ser parsimonioso por necesidad, pero también por conveniencia. Lo imaginario del caviar evocará la munificencia y el exceso, los desbordamientos afectivos y el alma esclava.

El tomate por su lado, es económicamente más accesible y forma parte de los alimentos corrientes, si no triviales; sus usos son innumerables y cotidianos. Su carga imaginaria no es menos rica: es evocador de frescura, de ligereza, de sol y de verano mediterráneo. Idealmente, es a la vez humilde y sabroso y se puede predecir que figurará con gusto en la comida frugal y solitaria de una joven ciudadana activa, atenta a su delgadez y nostálgica de sus últimas vacaciones italianas (Fischler, 1979:79-80).

Basados en esta comparación (Caviar y Tomate), se podría afirmar que los alimentos al poseer un carácter propio, que "ejerce efectos simbólicos y reales, individuales y sociales" (Fischler, 1979), tienen, más allá de un carácter biológico, un sentido normativo, perdurable en todas las etapas de la vida, es decir, imaginarios. Por su parte, el sentido normativo del imaginario, se construye a través de las interacciones entre los miembros de una comunidad y constituye un instrumento social por naturaleza, que demarca el status de un individuo dentro de ella.

Conjugado con el sentido normativo, la satisfacción momentánea o duradera de expectativas a través de un alimento, dependerá del imaginario construido por su cultura; así pues, "tomate y caviar", diferentes por su valor en el mercado, pero equiparables en su fin último, -consumo humano-, nutren "tanto a lo imaginario como al cuerpo" (Fischler, 1979), y su impacto dependerá en igual proporción de los condicionamientos

socioeconómicos-políticos del entorno que rodea al niño(a), y del status que su grupo social logre asignarle:

Así, el alimento (o la bebida), el contexto de su consumo, los ritos que lo rodean, ejercen una serie compleja de funciones imaginarias, simbólicas y sociales. La carga imaginaria de los alimentos hace de alguna manera viajar en el espacio y en el tiempo, impulsa al menos fantasmáticamente a los individuos a través del espacio social. Pero al mismo tiempo el conocimiento de los ritos y de la etiqueta manifiesta y preserva los límites del territorio social de los que de él se benefician (Fischler, 1979:86).

En términos de Álvarez (2002), en el engranaje social que los niños(as) construyen, provisto de normas, valores y status sociales, los imaginarios y los mitos/rituales asociados a la elección y consumo de un alimento son susceptibles de ser asumidos, en primer lugar, como el resultado de prácticas culturales delegadas a partir de una estructura social que permite la conservación de hábitos en un tiempo y espacio social, y, en segundo lugar, como elementos que inducen y demarcan el tipo de consumo que desde temprana edad realizan los humanos.

De tal suerte, que el lenguaje de los imaginarios en el proceso de enculturación alimentaria cobra vida a partir de sus formas significantes (dulce/salado; sólido/líquido), al tiempo que en sus contenidos metafóricos (expresiones relacionadas con una comida tradicional de una región: ajiaco, sancocho de gallina, tamal tolimense, entre otros). Contenidos asociados también a los deseos psicológicos individuales y/o colectivos que le asignan un modo, un estilo y una manera que implanta en el imaginario todo aquello que debe ser ingerido, y el status de aquel que lo consume (Álvarez. 2002), los cuales a su vez, comienzan a demarcar el gusto o aversión por un tipo de producto alimenticio desde temprana edad.

Con base en estas consideraciones, se trae al escenario de reflexión la relación de la práctica alimentaria con la demarcación del gusto, asumido éste en esencia como un factor indispensable para la réplica y re-configuración social del imaginario y el hábito en todas sus dimensiones.

Ampliando el concepto del gusto, podría referirse además, al "resultado de una combinación de

informaciones que proceden de varios sentidos diferentes de la degustación propiamente dicha" (Fischler. 1979), por ende, se constituye en sí mismo en un ingrediente del imaginario alimentario de una comunidad y del niño(a), pues lo que a simple vista genera aversión al no poseer ningún tipo de significado en un individuo en particular, para un colectivo en particular, será un rito/acción obligatoria en un tiempo y espacio social, provisto de atributos o símbolos inamovibles e innegociables:

El contexto sociocultural ejerce sobre el niño, en efecto, una presión indirecta que tiene efectos considerables sobre la formación de sus gustos alimentarios. Esta presión se ejerce esencialmente a través de un sistema de reglas y de representaciones que tienden a restringir el abanico de los alimentos que puede probar el niño (Fischer, 1985).

En la consolidación y/o replica de los imaginarios, -cargados de gustos-, al interior de sus grupos sociales, el niño(a), al no depender únicamente de su familia o cuidadores se verá expuesto diariamente a factores de orden económico, ambiental y del mercado, que finalmente lo conducirán a canalizar desde antes de su nacimiento una serie de necesidades, gustos e incluso imaginarios, conducentes a la luz de los estereotipos occidentales actuales, a proyectar desde temprana edad la imagen con la cual desean identificarse en la etapa adulta (Álvarez. 2002), procesos que no excluyen las prácticas alimentarias, con las cuales los infantes desean ser identificados, por el contrario, le asignan ahora con mayor fuerza el atributo de status social al alimentos, según la ocasión lo amerite, -caviar o tomate-.

De tal manera, que los gustos adquiridos a partir de canalizar una práctica alimentaria, donde intervienen hábitos e imaginarios con el mismo grado de importancia, se puede atribuir en resumen, a dos aspectos: a los esquemas normativos impuestos por los adultos que conforman el primer mundo material que circunscribe al menor (Bock. 1977), y, a su re-afirmación, producto de la interacción constante con los agenciamientos o instituciones familia y escuela. Dichos agenciamientos, presentan en su cotidianidad elementos que permitirán demarcar el gusto en la edad adulta, especialmente a través del impacto que ejerce el mercado y los medios de comunicación, al estar provistos de cargas mediáticas de recordación en la

edad escolar, impregnando en ellos(as) modas, formas y tipos de consumo, logrando crear en la mente, en construcción del niño(a), paraísos sub-reales, similares a un océano de chocolate, alejándolo poco a poco de preferir un dulce por encima de una fruta o verdura en particular.

Entonces, se podría afirmar que en la réplica y/o consolidación de una práctica alimentaria, intervienen dimensiones sociales, elementos simbólicos y contenidos metafóricos culturales que hacen parte del acto mismo de alimentarse, siendo el caso del ajiaco santafereño en Cundinamarca o del tamal de pipián en el departamento del Cauca; afirmación, que se traduce en palabras de Álvarez (2002) en la siguiente definición:

Alimento es, entonces, un material nutritivo ingresado en la zona de condensación semántica propia del conjunto social (y, desde luego, aceptado por los deseos psicológicos individuales). El acto de comer es un comportamiento que se desarrolla más allá del mero objetivo de la nutrición, en tanto además sustituye, resume o señala otras prácticas. En este sentido, puede decirse que constituye un "signo" de cada circunstancia social (sea trabajo, festividad, ocio, deporte, etc.). Al articular situaciones con unas determinadas expresiones alimentarias, éstas también se constituyen en una forma simbólica de comunicación con los otros (padres, familias, conjuntos sociales mayores como el barrio, la localidad, la nación) (Álvarez, 2002:13).

### **Colonización del imaginario en la edad infantil: familia y escuela.**

Lo imaginario posibilita una transmutación de la realidad establecida, reintroduciendo la fantasía, lo ficcional, en lo cotidiano y ensanchando, así, creativamente la vida individual y colectiva (Zecchi, 1974:112).

A la par de las elecciones determinadas por la moral, la mitología o la religión, existen otras creencias asociadas al valor que poseen determinados alimentos (Contreras, 1993), como por ejemplo los alimentos afrodisiacos. Lo anterior, subraya el hecho cultural de que la alimentación implica una dimensión moral/ética, y un tipo de idealización del cuerpo sexuado, de lo prohibido/permitido, de lo aceptable/tabú,

entre otros imaginarios humanos. En virtud de ello, la elección de los alimentos y el comportamiento social se encuentran sometidos a normas médicas, religiosas, sociales, siendo objeto de juicios que se soportan en los imaginarios instituidos (Castoriadis, 1975).

De este modo, ciertos alimentos, en función de sus atributos, disponen de una carga simbólica más fuerte que otros, -como los platos típicos de algunas regionales de Colombia (ajiaco, sancocho, tamal)-, y mayor fuerza en un grupo social que en otro (niños-as, adolescentes o adultos). La carne, por ejemplo, ha ocupado un lugar preponderante en la alimentación humana, así como también el azúcar que desde su aparición en Occidente, se ha convertido tanto en ángel como en demonio, en función de una característica esencial: su vínculo con el placer (Fischler, 1995:265), y en la actualidad, su restricción como condición de la moda y la estética del cuerpo. En palabras de Lee (1959):

La primera experiencia con alimentos sólidos diferirá según la cultura. Si el niño es tikopiano, tomará alimentos premasticados, calentados con el calor del cuerpo de la madre y en parte digeridos por su saliva; la madre los pondrá directamente en su boca con los labios. Si el niño es de nuestra sociedad, se le dará su alimento con la cuchara de duro metal, que será introducida en una boca que nunca ha experimentado nada tan sólido o duro, en la que ni siquiera han salido los dientes. En todo caso, la cultura interviene en las experiencias alimentarias conformando, subrayando y aun seleccionando los factores significativos para definir la experiencia (Lee, 1959:154).

En todas las edades de la vida, con mayor fuerza en la niñez, el proceso de enculturación está permeado por condicionamientos, patrones, referencias y restricciones propias de las tradiciones culturales aprendidas o heredadas, las cuales generan prácticas de "canalización" o "interiorización", que en la práctica conducen a la formación de los hábitos alimentarios del niño(a), es decir, se podrían asimilar como "un proceso psicológico por medio del cual las necesidades tienden a hacerse más específicas como consecuencia de haber sido satisfechas en forma específica" (Bock, 1977); tanto así, que en el momento de satisfacer una necesidad alimentaria determinada, el niño(a), a partir de un método o técnica comienza a acostumbrarse a ella, en tanto "lo arbitrario se vuelve natural" (Bock,

1977); en otras palabras, se podría afirmar "que esta necesidad se ha canalizado", por ende, "el niño(a) que necesitaba líquido se convierte en el niño(a) que desea Coca-Cola" (Bock, 1977).

En este contexto, padres o cuidadores tendrán la responsabilidad o podrán satisfacer prontamente las necesidades alimentarias más urgentes (Bock, 1977:81), bajo lo que su cultura identifique como urgente o necesario, puesto que el valor de lo indispensable es un atributo subjetivo para algunas comunidades, que no requiere un tratamiento especial, por lo tanto el niño(a) iniciará su proceso de enculturación con base en el camino que el adulto le señale, y luego lo que la sociedad le imponga.

En palabras de Bourdieu (2002): "los hábitos alimentarios son sistemas estructurales, estructurantes y duraderos, que establecen disposiciones sociales de elecciones alimentarias, y que orientan las percepciones, gustos, rechazos y prácticas alimentarias de los individuos". Dichos sistemas contribuyen en esencia, a la conformación de patrones/esquemas alimentarios que direccionan desde temprana edad los hábitos de consumo a la par de las preferencias, es decir, la elección en el consumo de un alimento por encima de otro, -como sería el caso de las frutas y verduras, en reemplazo de las bebidas azucaradas o viceversa-, actividades asumidas por la familia como "el medio y las fuentes en los que se informa el ser humano del tema alimentario" (Arboleda, 2008).

Así poco a poco, los sistemas constituyentes del hábito, -estructurador, estructurante y duradero (Bourdeau, 2002)-, empezarán a afectar al niño(a) antes del nacimiento, afirmación validada con base en investigaciones realizadas hace más de cincuenta años: "el feto no es el parásito vivo que antes se pensaba, por el contrario, el producto en el vientre percibe la luz y la oscuridad, escucha y responde ante los sonidos fuertes, siente el dolor y reacción ante él, chupa su pulgar y bebe el líquido amniótico" (M. Liley y B. Day, 1965).

El niño(a), inundado de conceptos alimentarios en su primer momento de enculturación por la familia, comenzará a emular y/o reproducir las prácticas aprendidas hasta una determinada edad, etapa donde la madre cumple un papel determinante, -papel ancestral, validado a partir de diversos estudios

científicos, destacándose la investigación realizada por Harper y Sanders, donde con base en una muestra de menores de 14 a 20 meses y de 42 a 48 meses, se hizo evidente: "que los niños aceptaban los alimentos presentados por su madre de mejor grado, que cuando se los ofrecía otro adulto" y "más a menudo cuando el mismo adulto comía el alimento en cuestión" (Harper y Sanders, 1975)-.

A la par de la emulación o reproducción de prácticas alimentarias del niño(a), existe la tendencia genética sobre la elección alimentaria por lo dulce, atributo asimilado como lo rico, que contrasta con la aversión a lo amargo, lo salado y/o lo ácido, en las diferentes etapas de la vida:

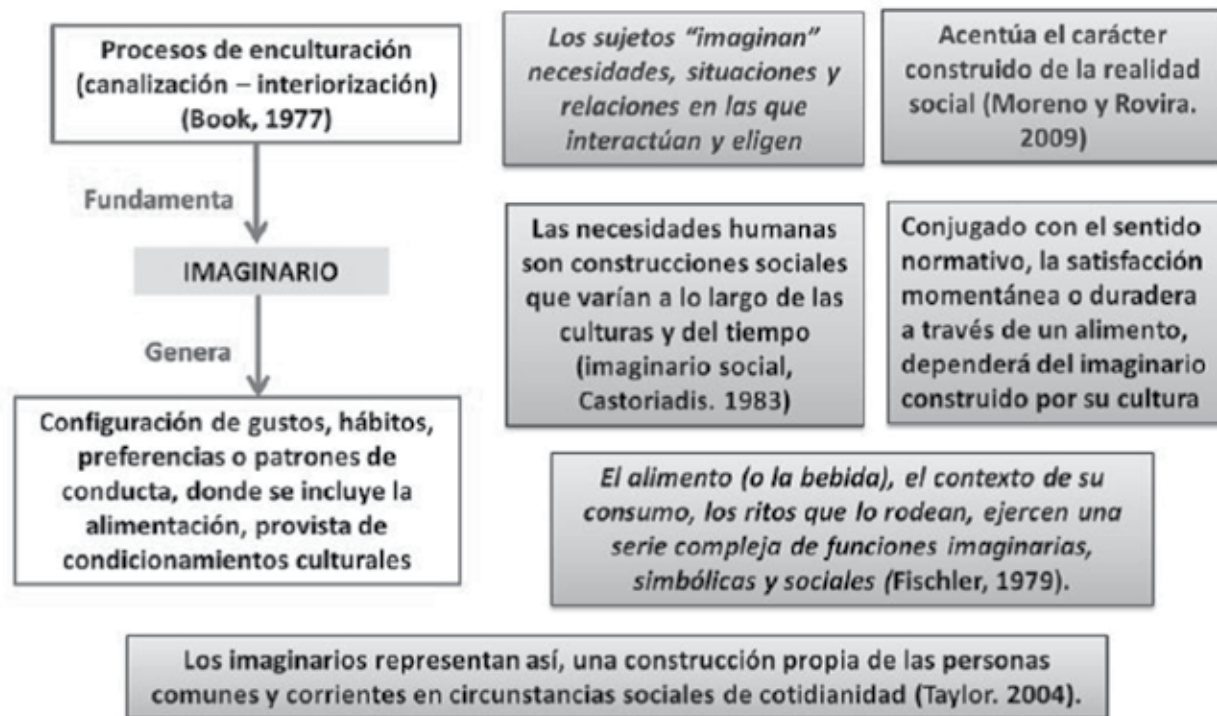
La principal de las predisposiciones de origen genético está constituida por "cauces" innatos que van a favor o al encuentro de ciertos sabores. La existencia del gusto innato por el sabor dulce se ha establecido ya experimentalmente en el hombre y en numerosas especies animales. En la mayoría de las culturas se observa una atracción por lo dulce. En numerosas lenguas, la palabra que designa el sabor dulce sirve también para denotar el placer o cualidades morales (Fischer, 1985:91).

Partiendo la complejidad estructural de los procesos de reproducción alimentaria y la predisposición genética del ser humano por lo dulce, es pertinente afirmar que el primer momento de enculturación del niño(a) la familia, incide en la configuración de sus imaginarios alimentarios desde el vientre materno, sin embargo, al pasar por diversas etapas de su desarrollo e interactuar en otros espacios sociales, estos se irán transformando en la medida que comienzan a canalizar e interiorizar diferentes hábitos-gustos o aversiones, consolidados en preferencias alimentarias diferentes a las provistas o impuestas en su hogar.

Tomando como referencia las apreciaciones descritas, en la actualidad del mundo globalizado cada vez somos más conscientes de la importancia de la institucionalización de las significaciones imaginarias en la alimentación, porque éstas determinan el umbral de una realidad que condiciona no sólo a comunidades que consideraban sus pautas alimentarias como tradicionales, sino que a su vez refuerzan imaginarios sociales de escala planetaria, que si bien son propiamente irreales, organizan y estructuran la forma

a través de la cual los individuos aceptan y perciben su realidad, legitimados a través de imágenes mediáticas y la publicidad (ver figura 1), elementos que en su conjunto inscriben un poder real indisoluble a la función social de lo imaginario (Castoriadis, 1994).

Figura 1. Proceso de construcción del imaginario alimentario



Fuente. Elaboración propia. Año 2013.

Las prácticas alimentarias susceptibles de trascender en diferentes generaciones, comienzan desde temprana edad a reproducirse a partir de diversos condicionamientos, patrones, preferencias y restricciones, elementos asumidos como determinantes en la enculturación alimentaria siendo, como se ha esbozado anteriormente, elementos de la configuración de los imaginarios de consumo. Estos conceptos se agrupan de la siguiente forma:

a) En primer lugar, el reconocimiento de la sociedad sobre la importancia del papel de los cuidadores al momento de proveer a los niños(as) de los alimentos necesarios para su bienestar, al no poder alimentarse por sí solos:

Como resultado de las repetidas interacciones con personas y objetos, el niño empieza a formar ideas más y más estables sobre la apariencia de su mundo.

Aprende en forma vaga y sin palabras, que es lo que se puede esperar de las personas y los objetos que le rodean. Aprende a controlar y coordinar las partes de su cuerpo, y aprende también que cuando actúa en formas determinadas puede suscitar respuestas regulares de los demás. Cuando llora lo levantan o le cuidan, o le castigan o lo mecen; cuando se acerca a un objeto brillante le ayuda, le alientan, le dan una

palma o le regañan... Para resumir, la cultura influye en un principio sobre el comportamiento del niño, según la forma en que se satisfacen (o ignoran) sus necesidades. (Bock, 1977:83).

b) En segundo lugar, se asume que los niños(as) al tener pocos patrones de alimentación instintivos o transmitidos durante el nacimiento sobre el qué, cómo, dónde y cuándo consumir un alimento, quedan sujetos a las creencias de los adultos responsables de su crianza, acción que se alinea a la práctica cultural del grupo.

En Japón, se considera al niño como un organismo biológico separado que desde un principio, y para que pueda desarrollarse, necesita que lo introduzcan en relaciones cada vez más independientes con los demás. En Estados Unidos, se considera al niño como un organismo biológico dependiente que para desarrollarse, necesita ser cada vez más independiente. (Caudill y Weinstein, 1969:31).



c) En tercer lugar, la preferencia y restricciones impuestas por la sociedad sobre un alimento u otro: El consumo de carbohidratos en los años 1910 y 1913 consistía en dos terceras partes de papas, productos de trigo y otros alimentos feculentos, -carbohidratos complejos-, y una tercera parte de azúcar, considerado el carbohidrato simple, pero para los noventa la participación de los carbohidratos complejos se habían reducido a la mitad, y la del azúcar había ascendido al 50% (W. Minz, 2003:160). A este tercer elemento se suman, en el mismo orden de importancia, los atributos simbólicos propios de los alimentos y del contexto en el cual se desarrolla el niño(a), cuya asignación está condicionada por ideas impuestas, además de los adultos, por los esquemas de alimentación actual y del mercado, razones que inciden en el cambio o adecuación de tradiciones de una generación a otra:

“...Veamos lo que ha ocurrido después de veinte años con las frutas y legumbres: se han vuelto insípidas y sin gran interés gustativo. En efecto, se han efectuado las selecciones sobre una cantidad de criterios favorables al productor, al transportista y al vendedor: rendimiento, solidez del fruto, posibilidad de cosecha precoz o mecanizada, actitud para la maduración artificial, color y aspecto ventajoso, etc. (...) ¿Los buenos tomates son los hinchados? ¿Los mejores guisantes son extrafinos? ¿Los melocotones blancos son los exquisitos?... Entonces, se seleccionan los tomates bajo el criterio de la hinchazón, los guisantes bajo el de la finura, los melocotones bajo el de la blancura, sin ocuparse jamás del sabor. Resultado: melocotones blancos pero sin gusto, tomates hinchados pero insípidos, guisantes extrafinos y harinosos. Y todo en consonancia: malas judías verdes pero sin hilos, fresas sin perfume a pesar de su crujiente rojo carmín, manzanas rojas pero no maduras...” (Gruhier, 1989: 77).

En correspondencia al proceso asociado a la colonización del cuerpo del consumo, dinámica inherente a elementos de orden cultural, psicológico, moral y restrictivo, se encuentra la canalización de una determinada práctica, para lo cual en términos de la posmodernidad y la globalización, se citan a continuación las palabras de Louis y Yazijian (1980), quienes relacionan el incremento del consumo de Coca-Cola a partir de la segunda guerra mundial, actividad que se ha consagrado como una insignia

para la sociedad norteamericana y, a la luz del siglo XXI, ha permeado diferentes sectores de la población mundial:

Una de las cosas que no les daban ni a los soldados ni a los civiles era Coca-Cola, pero se organizó con gran cuidado lo necesario para que pudiesen comprarla. George Marshall, jefe de estado mayor durante la segunda guerra, era del sur de Estado Unidos. Poco después del ataque japonés contra Pearl Harbor les recomendó a todos sus comandantes y oficiales generales que solicitasen la construcción de más plantas embotelladoras de Coca-Cola, para poder mandar ese producto al frente. En su carta le dio al refresco el mismo nivel en la economía de la guerra, que el que ocupaban la comida y las municiones... Se estableció un total de 64 embotelladoras en los escenarios de guerra aliados, entre ellos el Pacífico, el norte de África y Australia... El simbolismo relacionado con la Coca-Cola, a medida que ésta adoptaba su nivel nacional durante la guerra, fue absolutamente asombroso. (Louis y Yazijian, 1980:50-67).

En consecuencia, la Coca-Cola resulto ser, para la industria y los distribuidores un “receptor simbólico casi perfecto” (W. Minz. 2003:51), no siendo raro encontrar como dice W. Minz, en las cartas que los soldados enviaban a sus casas, la frase que estaban luchando por el derecho a tomar Coca-Cola (2003:51). Ahora bien, si tal efecto se produce en los adultos cómo no hacerlo en los niños(as), quienes finalmente, en el ejercicio de comprender y satisfacer su nuevo mundo provisto de imaginarios impuestos por su padre-madre o cuidadores, a la par que avanza en su proceso de percepción cognitiva y fisiológica, relacionan su satisfacción con la persona que lo induce o, como se menciona anteriormente, con los adultos que le rodean en especial durante la edad escolar y, posteriormente, con los agenciamientos dispuestos para su enseñanza-aprendizaje como lo son el Estado, la escuela, los medios de comunicación y el mercado.

### **A manera de conclusión**

La preferencia o elección de un alimento en particular se encuentra relacionado con el desarrollo de la enculturación, producto de la canalización de prácticas alimentarias en el ejercicio de los conceptos gusto y hábito, a la par que el acto de alimentarse en sí reviste procesos sociales que van más allá de lo fisiológico,

traspasando la frontera de lo cultural; lo anterior trae como eje transversal, en el asunto de nutrirse, las "relaciones surgidas entre sujetos y de éstos con las instituciones que llevaron a que ciertos alimentos fueran legítimamente consumidos por el ser humano" (Aguirre. 2007), las cuales han logrado direccionar paulatinamente la configuración de imaginarios alimentarios con tintes estéticos, mediatizados por la forma en que el niño(a) se reconoce y desea ser reconocido por sus pares o amigos(as).

En el proceso de desarrollo fisiológico y emocional del niño(a), la posibilidad de elegir un alimento por encima de otro cobra gran importancia, al permitirles colocar en práctica sus habilidades y destrezas sociales y motrices, es decir, al impulsarlo a realizar cosas por sí solos, con base a los procesos de enseñanza-aprendizaje implementados en el hogar y la escuela que incluyen la alimentación. En esta dinámica, los padres-madres o cuidadores cumplen el rol de responsables directos de la comida ofrecida y la manera como ésta se selecciona y prepara, mientras que los escolares asumirán la responsabilidad de qué y cuánto comer e incluso del mismo hecho de comer o no, actividades que ejercerán con la ayuda de sus imaginarios, gustos y hábitos de consumo dispuestos en los diferentes espacios de interacción social, transmitidos incluso desde el vientre de su madre.

Tomando como referencia el poder del imaginario sobre la configuración de los hábitos y gustos de los niños(as), se puede asentar que las formas en que operan en la práctica alimentaria son variadas y están rodeadas de transformaciones mediadas por un espacio y tiempo social. En este contexto, los imaginarios son reproducidos y perdurables al interior de una cultura en la medida que generen vínculos independientes de condicionamientos de orden social, económico y/o político.

### **Referencias bibliográficas**

Álvarez, Marcelo. (2002). Ponencia: La cocina como patrimonio (in) tangible. En Primeras Jornadas de Patrimonio Gastronómico. Argentina: Comisión para la preservación del patrimonio histórico cultural de la Ciudad de Buenos Aires. Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, reimpresión digital, 2005.

Aguirre, Patricia. (2007). Qué Puede Decirnos una Antropóloga sobre Alimentación: Hablando sobre

Gustos, Cuerpos, Mercados y Genes. En Memorias 5to Congreso Internacional de Cardiología Virtual. Buenos Aires: Federación Argentina de Cardiología. Recuperado, junio de 2013. Disponible en línea: <<http://www.fac.org.ar/qcvc/llave/c027e/aguirrep.php>>

Baczko, Bronislaw. (2005). Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas. Buenos Aires: Nuevas sociedad.

Berger, Peter y Luckmann, Thomas. (1968): La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Editoria Amorrortu.

Bock, Philip K. (1977). Introducción a la moderna antropología cultural. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, Pierre. (2002a). En Safa Barraza P. (2008). El concepto de habitus de Pierre Bourdieu y el estudio de las culturas populares en México. Revista Universidad de Guadalajara, ed. 2002. Recuperado, mayo de 2013. Disponible en línea: <<http://www.cge.udg.mx/revistaudg/rug24/bourdieu3.html>>

Castoriadis, Cornelius. (1997a). El Imaginario Social Instituyente. En: Zona Erógena. No. 35. Barcelona.

\_\_\_\_\_. (1986b). Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto. Barcelona: Gedisa. 1994.

\_\_\_\_\_. (1983c). Durchs Labyrinth. Seele, Vernunft, Gesellschaft. Suhrkamp, Frankfurt A. M.

\_\_\_\_\_. (1975d). La institución imaginaria de la sociedad. Barcelona: Tusquets. 2 Vols. 1983-1989.

Fischler, Claude (1995a). El (h)omnívoro: El gusto, la cocina y el cuerpo. Barcelona, España: Editorial Anagrama, colección Argumentos.

\_\_\_\_\_. (1979b). Presentation. En Communications No. 31, Paris, citada por ÁLVAREZ, Marcelo. 2002. Ponencia: La cocina como patrimonio (in) tangible. En Primeras Jornadas de Patrimonio Gastronómico. Argentina: Comisión para la preservación del patrimonio histórico cultural de la Ciudad de Buenos Aires.

\_\_\_\_\_. (1985c). La formation des goûts alimentaires chez l'enfant et l'adolescent; Rapport de recherche. París, DGRST. En Fischler, Claude (1995). El (h)omnívoro: El gusto, la cocina y el cuerpo. Barcelona, España: Editorial Anagrama.

- Gallardo Vásquez, Pedro. (2007). El desarrollo emocional en la educación primaria (6 a 12 años). En Secretariado de publicaciones Universitarias: Cuestiones Pedagógicas No. 18 (2006/2007). p 143-159. España: Dpto. de Teoría e Historia de la Educación y pedagogía Social. Facultad de Ciencias de la Educación Universidad de Sevilla.
- Gruhier, F. (1989). Quand les ingénieurs font la cuisine. *Autrement*, Vol. 108.
- Louis, JC y Yazjian, Harvey Z. (1980). The cola wars. Nueva York, Everest. Citado En W. Mintz, Sidney. (2003). Sabor a comida, sabor a libertad. México DF: Ediciones de la Reina Roja S.A. de C.V.
- Lowenberg M. Todhunter. 1970. Los alimentos y el hombre. En Wilson E, Feeney M, Savage J. México: Limusa-Wiley.
- M. Liley y B. Day. (1965). New Discoveries about and Old Miracle. *Mccalls* (agosto, 1965). En Bock, Philip K. (1977). *Introducción a la moderna antropología cultural*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Macbeth, Helen (1993). Comida, cultura y biología: comparaciones en un valle catalán. En Isabel González Turmo y Pedro Romero de Solís (eds.) *Antropología de la alimentación: ensayos sobre la dieta mediterránea*. Sevilla: Junta de Andalucía/Fundación Machado. España.
- Millán, Amado. (2002). Malo para comer, bueno para pensar. Seguridad alimentaria y factores socioculturales. En Mabel Gracia Arnáiz (2002). *Somos lo que comemos. Estudios de alimentación y cultura en España*. Barcelona.
- Moreno, C. y C. Rovira. (2009). *Imaginaris: Desarrollo y aplicaciones de un concepto crecientemente utilizado en las Ciencias Sociales, Investigación para la Política Pública, Desarrollo Humano*. HD-08-2009, RBLAC-UNDP. New York.
- Taylor, Charles. (2004). *Modern social imaginaries*. Duke University Press, Durham/London.
- Thompson, J.B. (1998). *Los medios y la modernidad*. Barcelona: Ed. Paidós.
- Valéry, Paul. (1936). *Varieté III*. París: Gallimard Editores.
- W. Caudill y H. Weinstein. (1969). Maternal and Infant Behavior in Japan and America. *Psychiatry*. Vol 32. En Bock, Philip K. (1977). *Introducción a la moderna antropología cultural*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- W. Mintz, Sidney. (2003). *Sabor a comida, sabor a libertad*. México DF: Ediciones de la Reina Roja S.A. de C.V.
- Zecchi, Stefano. (1974). Ernst Bloch. Utopía y esperanza en el comunismo. Barcelona: Península.